

INSTITUTO DE CIENCIA MARY BAKER EDDY

Presenta:

(traducción Libre)

DICIEMBRE DEL 2010

Queridos amigos:

Conozcamos ahora al Cristo en relación con Principio y Verdad.

El Sermón del Monte

POR JOHN L. MORGAN (CONTINUACIÓN...)

El Cristo: Principio

Mateo 5: 10 – 12 Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la rectitud, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

A primera vista podría parecer extraño que el Principio abra el aspecto del Cristo con este sentido de oposición y persecución, y sin embargo no es realmente tan sorprendente. El Principio es el Uno divino, y la función del Cristo es postular al divino Uno a manera que cualquier supuesto opuesto se desvanezca en la nada. Sin embargo antes de que esta nada pueda aparecer, tiene que expresar su pretensión, para que la humanidad pueda aprender qué es y qué no es. La Sra. Eddy se refiere a esta paradoja cuando escribe: “Por la ley de los opuestos, después que la verdad del hombre haya sido demostrada, el postulado del error debe aparecer” (Mis 57:12). Ella continúa y declara que esta teoría no es verdadera en un sentido absoluto, pero que en nuestro sentido relativo presente de las cosas ésta parece ser la manera en que aprendemos. Recordemos que la definición del Cristo es doble para poder lidiar específicamente con este punto, de ahí la ‘persecución.’

El punto radical que la Ciencia Cristiana nos capacita para hacer no es solamente probar la actualidad de la armonía, el amor y la salud, sino

Diciembre 2010

El Sermón del Monte (6ª. Parte)

también refutar la actualidad del pecado, la enfermedad, la intranquilidad y la muerte. La Ciencia Cristiana no pretende ser usada meramente para disfrutar de la armonía en términos materiales; a menos que prosigamos con el desmantelamiento de aquellas creencias fundamentales que nos mantienen como mortales, nuestra visión espiritual y nuestro poder se secan sobre nosotros. De manera que como dice aquí Jesús, regocijémonos ante la aparición de la oposición, pues hay una bendición en ella; es nuestra oportunidad de probar que lo humano está basado sobre la divinidad y no sobre la mortalidad.

Muchas situaciones que podrían parecernos completamente equivocadas o incluso malas prueban ser el estímulo a través del cual vemos las cosas de manera diferente, o lo que nos obliga a encontrar la respuesta divina. “Las pruebas son señales del cuidado de Dios” (C & S 66:10). Sin la crucifixión no habría habido resurrección alguna; y sin embargo desde el punto de vista de la resurrección la crucifixión en sí no aparece como un asesinato real sino como la pretensión mentirosa de la mortalidad para mantener a la Vida sujeta a la muerte. Por lo tanto el conflicto no siempre es algo equivocado: ese aparente obstáculo puede ser el incentivo para un mayor esfuerzo, quizá sea la entrada a nuevas posibilidades. No hagamos de ello una dificultad sino un punto nodal para la vida espiritual y el desarrollo. La verdad metafísica es que la circunstancia misma que consideramos como mala es realmente una idea pura de Dios, pero viéndola tan material y tan personalmente que parecería ser otra cosa. Cuando la sustancia es removida de su única base real, el Espíritu, se ‘vuelve’ materia; cuando el hombre es falsamente concebido como un fenómeno separado de su Principio divino, se ‘vuelve’ un mortal. Este es un maravilloso punto a considerar, pues nos eleva sacándonos de las garras de las circunstancias externas y muestra como todo es devuelto al gobierno de Dios.

El Principio Impersonal e Irresistible

El Cristo por lo tanto comienza con el Principio declarándose a sí mismo como el omnipotente **Yo SOY**. El expresar de este Principio siempre está sacando a la serpiente, el mal, de su agujero, lo maneja y le retira su aguijón – demoliendo el fundamento de la creencia en un poder opuesto a Dios. (Ver Mis 210: 4- 14) Pareciera que el Sermón nos ordena clarificar este punto primero, pues entonces los tonos de Vida, Verdad, Amor, Alma, Espíritu y

Mente fluyen irresistiblemente de esa premisa hacia su manifestación perfecta. Y ninguno de esos tonos tiene ya el menor tinte de oposición. La tónica fundamental de la armonía del Cristo es: “Soy yo; no temáis.” Si parece persecución o antagonismo, no nos consternemos: es solamente la Verdad agitando su supuesto opuesto para que desaparezca, y entonces lo que nos quedará será una conciencia más verdadera y más clara de los hechos divinos.

¿Qué es lo que provoca este antagonismo a lo divino? Es el resultado de la Palabra que ha revelado ambos que Dios es y la nada de lo que Él no es. “El apóstol dice: ‘porque si alguno piensa que él es algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo.’ Este pensamiento de la nada material humana, que la Ciencia inculca, encoleriza la mente carnal y es la causa principal del antagonismo de la mente carnal” (C & S 345: 26). Aquí en el Cristo estamos aprendiendo quienes somos como el ideal divino. Nuestro carácter o naturaleza mortal es una masa de contradicciones y deseos contradictorios. Cada mortal es un problema de personalidad. Pero en el Cristo aceptamos que nuestra única personalidad es la Persona divina del Principio expresada; nuestra única individualidad es la Vida individualizándose a sí misma; nuestra única filiación, herencia o carácter es la Verdad ejemplificada; nuestro único antecedente, destino o propósito es el Amor glorificado; nuestro único ser es la identidad divina impecable del Alma; nuestra única naturaleza es la espiritualidad que aparece; y nuestra única mentalidad es la Mente de Cristo. Estos son los atributos del Cristo que constituyen el estatus y el carácter del hombre, pero el que ellos aparezcan en la práctica implica “que antes venga la apostasía” (Ver II Tesa. 2: 1 – 4), algunas veces a través de una dura batalla, y otras veces muy fácilmente.

El versículo 10 nos da dos frases que encontramos anteriormente en la Palabra – “rectitud,” que vino con el Principio, y “pues de ellos es el reino de los cielos,” que vino con la Mente. De manera que aquí al principio obtenemos el toque del Principio y de la Mente – el principio y el fin de la secuencia del Cristo. Es el Principio declarándose a sí mismo como rectitud, y la Mente manifestando esa rectitud como el poder de la idea divina.

“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.” “Mintiendo” es un toque de sabiduría; si estamos siendo honestos por el principio del Cristo no

tenemos nada que temer. Pero aun suponiendo que la crítica no fuera falsa en lo humano; sigue siendo falsa en lo divino. Sin importar el horrible lío que parezcamos haber hecho en lo humano, si no es verdadero acerca de Dios, entonces nunca fue verdadero acerca del hombre, y eso es nuestra salvación. Siempre y cuando demos la espalda al error y renunciemos a él, y nos absolvamos a nosotros mismos de él, ya no hay castigo. Cuando el pecado es destruido por el Cristo, el castigo también lo es. El pecado, el pecador y el castigo son uno, y ese uno no es hombre sino mente mortal. “Por mi causa:” si nuestro primer amor es tratar de vivir y actuar por causa del Cristo, no encontraremos tan difícil renunciar a nuestros errores y deficiencias.

“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” Los profetas del antiguo testamento fueron tipos de Cristo. Se encontraron perseguidos porque desafiaron “la determinación de mantener al Espíritu en la sujeción de la materia [la cual] es el perseguidor de la Verdad y del Amor” (C & S 28:6). El profeta representa “la desaparición del sentido material ante las realidades conscientes de la Verdad espiritual” (C & S 593:4). Esto pareciera confrontarnos con la inercia y el antagonismo de la mente carnal que está en enemistad con Dios. Pero ¿de qué preocuparnos? No deberíamos, pues es la prueba de nuestro progreso.

Se dice que San Agustín enseñó que uno debiera odiar el pecado, pero amar al pecador, y esto ciertamente está en conformidad con la Ciencia Cristiana de que uno debe separar el error del individuo, y verlo como magnetismo animal impersonal. A menudo lo que produce antagonismo es atacar el mal como personal, aunque algunas veces la censura silenciosa de un buen ejemplo produce enemistad también.

La Sra. Eddy habla sabiamente sobre la persecución: “Los discípulos y los profetas impusieron puntos controversiales en mentes que no estaban preparadas para ellos” (Mis 84:7). Podemos darnos el lujo de ser prudentes y no sentir que debemos lanzarnos y dar a la gente las obras metafísicas. No sería cristiano, y mucho menos científico que lo hiciéramos. Pero Jesús fue deliberadamente franco puesto que su única misión era dejar que la Verdad expusiera el error a cada paso en el camino. “Tomó por asalto el pecado en sus ciudadelas” y no lo hizo a través del celo o rectitud personal, sino por ejemplificar el Principio divino. Hay un mundo de diferencia entre la bondad

absoluta que representaba Jesús y la típica bondad humana que se justifica a sí misma diciendo ‘soy más piadoso que tú.’ Lo que se saca a relucir aquí en el texto para nosotros es que la rectitud del Principio no tiene un poder absoluto del mal que lo confronte, y esto puede probarse por *atravesar* la apariencia de oposición. Seguramente es por esto que Jesús no luchó contra el error como si fuera una fuerza real.

Nuestro Libro de Texto nos enseña que “el Principio es absoluto,” y que “el Principio es imperativo. No se le puede burlar con la voluntad humana.” No puede ser controvertido, anulado, o revertido. Repitiendo: “En la ciencia no podéis tener ningún poder opuesto a Dios, y los sentidos corporales tienen que abandonar su falso testimonio.” (C & S 283: 11; 329: 21; 192:19)

Una vez un amigo me relató una experiencia muy interesante que tuvo y que ilustra este punto. Él y sus socios acababan de pasar por un periodo difícil cuando esta idea – el estudio del sistema de la Ciencia – comenzó a establecerse; ellos confrontaron la oposición de aquellos que creían que el lugar correcto para la Ciencia Cristiana estaba dentro de la organización eclesiástica. Él había dado una conferencia y había mucho interés público en esta idea, pero los intereses arraigados eran antagónicos. Este hombre tuvo un sueño, - podríamos llamarlo una visión, - el cual le mostró la respuesta divina. Él estaba caminando subiendo una montaña por un sendero, y al mirar hacia el valle abajo, vio una tremenda tormenta soplando; conforme avanzaba todo en su camino era arrancado y dispersado. Él vio un gran roble en el centro de un campo, rígido y firme, y la tormenta lo arrancó de sus raíces y se lo llevó. Él pensó: “Pronto me alcanzará.” Pero siendo un metafísico, también pensó: “Bueno yo no estoy parado sobre mis propios pies personales como ese árbol, yo tengo un Principio. Por mí mismo no puedo hacer nada. El Principio está operando y ninguna otra cosa puede hacerlo, y no hay ninguna persona en esta cuestión.” Mientras veía esto, la montaña tras él se abrió, - “Roca de las eras, ábrete para mí,” como dice el himno, y se introdujo en ese pequeño resquicio. En ese momento la tormenta llegó y el viento sopló para después seguir su camino. Así que bienaventurados aquellos que son perseguidos por causa de la rectitud, pues si son verdaderamente impersonales, la persecución no les daña, sino sirve únicamente para elevarlos más. Toda actividad correcta tiene la autoridad del Principio sobre ella, y no puede ser derribada.

Podríamos decir que en el Cristo este tono del Principio es como un hombre representante de una firma comercial: puede estar muy lejos de la casa matriz con sus muestras y su discurso de ventas, y sin embargo sabe que le respalda toda la autoridad y reputación de una gran empresa, y que todo lo que él diga honestamente está sustentado y apoyado por el establecimiento que está detrás de él. Así es aquí en el Principio en el Cristo; nunca estamos solos, sino toda actividad correcta está respaldada por el poder total del Principio.

La Mala Práctica Impotente

Cuando la resistencia a la Verdad viene del interior la llamamos quimicalización; cuando parece ser dirigida sobre nosotros desde el exterior, la llamamos mala práctica. Sin embargo cualquiera que fuese la apariencia, siempre es la misma pretensión, - magnetismo animal, - y el Cristo la desenmascara como no siendo persona, lugar o cosa.

No sirve de mucho tratar de defendernos de los pensamientos maliciosos con pensamientos buenos. El poder no está en el *pensamiento* sino en la *idea*. El Científico trabaja siempre con ideas, mientras que la mente carnal y el mal practicante solo pueden trabajar con *pensamientos* malvados. En el Cristo, impulsadas por el Principio y manifestadas por la Mente, las ideas tienen autoridad divina, eficacia y completa seguridad, y así es con todos los pensamientos que se derivan de esa perspectiva. Pero cualquier pensamiento que surja desde un supuesto origen alternativo no tiene ningún Principio y por lo tanto ningún poder.

Cuando un individuo dice ser sujeto de la mala práctica, algunas veces ésta puede rastrearse al sentido personal en él mismo. Ocasionalmente, desde luego, la hostilidad a la Verdad, o los celos o el odio, parecen existir realmente y causarnos problemas, pero si nos deshacemos de todo sentido personal no hay nada aquí que pueda ser dañado. El gran secreto es cómo no estar ahí; cómo, como idea, llevarnos a nosotros mismos hasta el centro de la divinidad, para refugiarnos en nuestro Principio. Estamos “escondidos con Cristo en Dios,...donde el sentido humano no ha visto al hombre” (C & S 325:17). Y entonces “la maldición nunca vendrá sin causa” (Prov. 26:2). Recordemos que cierta oposición es una cosa saludable; nos obliga a regresar a la base y censura la vanidad de la persona. Es algo de agradecer, - “Gozaos

y alegraos.” Esto debiera ser nuestra evidencia de que hemos llevado el problema de la resolución del ser más allá de la etapa de la armonía superficial.

“Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová” (Isa. 54:17). En la Verdad no hay ninguna arma contra nosotros, contra el manantial divino en el hombre; nada fluye en oposición al caudal de Dios. Recordemos que el Cristo es ‘desde,’ y nuestro ser-Cristo es el caudal activo de la divinidad expresándose a sí misma, y nada va a nadar en contra de ese caudal. Para tomar un ejemplo humano: todos sabemos cómo los mortales, que son cabezas duras, viven bien y nada grave parece sucederles porque siempre se sienten muy seguros; el caudal siempre sale de ellos. Nosotros también debiéramos ser cabezas duras en lo espiritual y asegurarnos de que el caudal de la conciencia divina sea nuestra única ocupación. Conforme permitamos que la convicción de la Verdad del Cristo sea un caudal que salga, toda insensatez respecto a lo que la gente piensa y hace, y que aparentemente venga en sentido opuesto, no tendrá entrada. ‘Ellos dicen. ¿Qué dicen? Que digan, Dejen que digan.’ No nos importa lo que el mundo diga mientras nuestra rectitud sea de Dios.

C & S 28: 4-8	C & S 345: 26-30	Mis 10: 4-32
28: 24-28	538: 19-22	18: 1-7
51: 24-27	540: 5-16	Un 46: 13-47:6
93: 18-20	564: 18-23	'00 10: 1-8

Para recapitular, el Principio divino está expresándose a sí mismo como el único poder y realidad, y este único poder se prueba en la experiencia humana a través de la refutación de la creencia en otro factor. Verlo todo como la actividad del Principio nos libera de la persecución. Adoptar una postura sobre el Principio, es lo que éste demanda. Cuando abordamos una montaña rusa por primera vez lo hacemos con un sentido de temor, sin embargo nos subimos, nos ajustamos el cinturón y salimos. Esto se asemeja mucho al tono que tenemos aquí: reconocemos que el Principio va a disolver la creencia en otro poder nos guste o no, de modo que lo mejor es ponernos el cinturón y hacerlo gustosamente. Por lo tanto en el resto de las secciones del Cristo ya no hay negativos, ni oposición.

El Cristo: Vida

Mateo 5:13 Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Observen el ‘vosotros’ nuevamente. En el Cristo, nosotros que siempre fuimos los amados de Dios ahora lo hemos hecho nuestro. Ahora ¿cuál es el oficio de la Vida en el Cristo? La secuencia del sinónimo es Principio, Vida, Verdad, Amor. El Principio se expresa a sí mismo como su propio ideal perfecto, el cual es Vida, Verdad, y Amor; Vida describe el ser y la continuidad del ideal, la eternidad, y la continuidad del ahora de ello, la novedad y la frescura de ello. La Vida define su inseparabilidad de su Principio impulsor. La Vida no es separada de Dios, la Vida es Dios. Por lo tanto vemos en esta sección de la Vida cómo el ideal no es independiente, sino es el ideal del Principio. Es como el sol y el resplandor: no podemos tener el sol sin el resplandor o el resplandor sin el sol, pues los dos son inseparables; el resplandor existe solamente porque el sol existe. Exactamente igual habla la Biblia sobre la sal y su sabor. El sabor es la calidad de la sal, lo salado. No le pediríamos a nadie que nos pasara el ado, sino la sal. De manera que la calidad de la idea es inseparable de su Principio en naturaleza, en continuidad, en existencia y en vida.

La derivación de las palabras a menudo nos da esclarecimientos inesperados, y las palabras comunes frecuentemente tienen orígenes espirituales. Esta palabra individualidad, por ejemplo, proviene del latín “in” que significa no, y “dividua,” una viuda. ¡Derivación asombrosa! Individualidad significa que no se ha enviudado de. Como dice Isaías: “Tu marido es tu Hacedor” (54:5). De modo que no podemos enviudar o divorciarnos de nuestra unidad eterna con el Principio. “El hombre no puede ser separado de su Principio perfecto, Dios, ya que una idea no puede ser apartada de su base fundamental.” (Mis 186:19). Al estudiar el Principio, aprendemos que el Principio y su idea es uno; ahora en Vida vemos cómo el Principio está expresado *como* su idea. La Vida es la calidad viviente que los une.

“¿Cree usted en Dios?”

“Creo en Él más que la mayoría de los cristianos, pues no tengo fe alguna en ninguna otra cosa o ser. Él sostiene mi individualidad. No, más aún – Él es mi individualidad y mi Vida. Porque Él vive, yo vivo” (Un 48:5). ¿Qué tan profundamente sientes eso? Es fácil decir estas cosas, ¿no es así? Pero es completamente distinto sentir las con nuestro corazón así como con nuestra cabeza, y vivirlas. La creencia que nos divide de Dios y del hombre es esta cosa llamada *mi* vida, o *mi* individualidad. *Mi* es el principio de toda limitación, toda pérdida, todo infierno. Pero la Vida es Dios, y la vida de todos los hombres es Dios, - La sola y única Vida se individualiza a sí misma así como la sal imparte su calidad esencial a cada grano.

Podemos decir en el Cristo que no hay sino una sola cosa que está sucediendo, y que nosotros nos movemos con ella. No vamos a resistir la actividad de lo divino conforme éste disuelve todas las creencias de la mortalidad; estamos comprometidos a preservar este matrimonio de lo divino con su propia expresión, y a no enviudarnos a nosotros mismos de él por la imaginación de la mente carnal. La Vida muestra cómo este matrimonio es una cosa eterna e indestructible; nada puede alterar la unidad del principio y su expresión. Esta es nuestra seguridad. Si el magnetismo animal nos tomase desprevenidos y no pudiésemos encontrar rápidamente nuestro equilibrio mental, siempre habrá un hecho certero al cual acudir que es básico y seguro – saber que Dios y hombre es uno, y que ni por un momento podemos ser separados de este hecho, pues Dios es nuestra Vida. ¿Por qué es esta la verdad principal a la cual hay que acudir en una emergencia? Es porque todo tipo de error, ya sea accidente, temor, o pecado, tiene un solo propósito – separarnos de Dios (Ver Un 54:13-16) El propósito de la mente mortal es letal, y la división o fragmentación de cualquier tipo es la muerte.

El término individualidad a menudo es erróneamente usado en vez de personalidad, la cual está basada en el ego mortal. La personalidad siempre está tratando de ser diferente de otras personalidades, lo cual conduce a vanidades y rivalidades estúpidas; pero la individualidad es diferente porque es única por su naturaleza misma. Identidad es lo que somos, genéricamente, como la propia imagen de Dios; pero individualidad es cómo expresa cada uno en diversas maneras lo que somos en común. Cincuenta individuos pueden ejecutar la misma pieza musical pero cada uno de ellos le dará una interpretación ligeramente diferente aun sin tratar de hacerlo

deliberadamente. Incluso físicamente, todos los millones de gente de la tierra poseen distintas huellas dactilares. A pesar de toda esta diversidad de expresión, es una sola identidad básica la que está siendo manifestada, y la expresión y su origen son indivisibles. La calidad de indivisibilidad es lo que en Ciencia queremos decir por individualidad.

Aquí hay una referencia muy clara. “Nuestro gran modelo, Jesús, pudo restaurar la manifestación individualizada de la existencia que parecía desvanecerse en la muerte. Sabiendo que Dios era la Vida del hombre, Jesús pudo presentarse inalterado después de la crucifixión” (C & S 555:27). Ahora, la Sra. Eddy podría haber dicho que Jesús pudo restaurar *su* vida o *su* individualidad, o que él pudo restaurar la individualidad de la Vida, pero ello no dijo eso. Ella dice que él pudo restaurar *la* manifestación individualizada de la existencia. Esta es una descripción inspirada de la vida individual. Nos capacita para entender que la vida no está en la manifestación. *Nuestra* individualidad es la manifestación individualizada de la sola y única Vida, y lo mismo es con *nuestra* inteligencia, *nuestra* armonía, y así sucesivamente.

No transgresión

El texto nos dice que si la sal perdiese su sabor sería echada fuera y hollada. Esto quiere decir que si (en creencia) perdiéramos de vista lo que la individualidad realmente es, en vez de ser la Vida de Dios individualizada como yo, aparecería como separada de su origen y se volvería *mi* vida, *su* vida, lo cual es muy azaroso y vulnerable. Esta individualidad falsa, personal se toma entonces por sentada, y es echada fuera y hollada. Pero la individualidad verdadera es sagrada para Dios, así como lo salado es precioso para la sal. La Vida sostiene nuestra inseparabilidad del Principio y asegura que cada uno de nosotros sea una individualización única de la actividad del Principio. La Vida asegura que la individualidad no pueda perderse, ser invadida, eclipsada o transgredida. El flujo de la Vida que procede por siempre del Principio constituye esta individualidad como siendo libre y por siempre inviolable.

Se podría decir al estilo de los Mandamientos: ‘No transgredirás;’ esto es, no intentarás interferir mentalmente entre Dios y el hombre. En realidad, en la Ciencia absoluta sería: ‘No puedes transgredir,’ pero comenzamos con la demostración menor. Esto sería una salvaguarda para el pobre hombre que

dijo que su mujer tenía un complejo de interferencia. Conforme entendemos el lazo indisoluble de unión entre Dios y Su idea, - el objeto inmediato del entendimiento de Dios, - no solamente no queremos interferir sino gradualmente descubrimos que no podemos.

El Ser es esencialmente algo individual. Podemos ayudar a otro por largo tiempo a establecer su individualidad divina, pero tarde o temprano uno debe *ser* individual, y tomar su libertad en sus propias manos y expresar libertad. Nadie puede ser por nosotros. Las relaciones sólo pueden ser saludables si ambos lados se paran sobre sus propios pies, sin demandar o ser dominados. En la Vida no nos esforzamos por ser diferentes, simplemente disfrutamos de nuestra individualidad naturalmente única. Esto no rompe en lo absoluto nuestras relaciones humanas presentes ni requiere que nos aislemos a nosotros mismos. Produce una relación más feliz y profunda exactamente donde estamos porque cada uno está basado sobre el Principio y es por lo tanto menos influenciado por la persona, y si estamos en lo correcto por el Principio estaremos en lo correcto con nuestro prójimo. No miramos hacia arriba o hacia abajo, sino directamente de frente. Descubrimos que cada uno es siempre otro aspecto del mismo Yo Soy. De manera que en la Vida descubrimos que la sal y lo salado no pueden divorciarse, y el resultado de este hecho es libertad del traspaso y el parasitismo.

Hay una explicación profunda de la individualidad en *No y Sí*: “El hombre tiene un Alma inmortal, un Principio divino, y un ser eterno. El hombre tiene individualidad perpetua; y las leyes de Dios y su acción inteligente y armoniosa constituyen su individualidad en la Ciencia del Alma” (11:3). Nótese que es perpetua, no eterna; eterna da un sentido de que no hay principio ni fin, mientras que perpetua sugiere continuamente nueva, ahora, y ahora una y otra vez. El hombre tiene individualidad perpetua porque en el Cristo proviene del Principio, como la idea individualizada de ese Principio, y por lo tanto su individualidad es nueva constantemente, espontáneamente inspirada y abundante, y llena de posibilidades infinitas. Más aun “las leyes de Dios, y su acción inteligente y armoniosa, constituyen su individualidad:” podríamos decir que su individualidad no es una cosa sino una actividad, - las leyes de Dios en acción. Conforme entendemos esto, se retira el sentido estrecho y limitado de la vida, y ‘nuestra’ vida se vuelve la Vida ejemplificándose a sí misma. Es tan salada como la sal, sostenida y renovada

por su original. Se registra que la Sra. Eddy dijo: la Vida no se prolonga eternamente; la vida es por siempre espontáneamente auto-renovada” (Col 235).

El Libro de Texto nos dice que, propiamente hablando, no hay seres mortales, “porque el ser es inmortal, como Deidad, - o, más bien, el ser y la Deidad son inseparables” (C & S 554:6). Por lo tanto si estamos siendo honestos o siendo inteligentes, ese ‘ser’ es inseparable de la Deidad y es nuestra individualidad verdadera. Nada sino los atributos divinos tienen ser verdadero, desde luego; si no es divino es ilusorio. La inseparabilidad del ser y la Deidad nos da un indicativo de cómo lo salado es uno con la sal. Tenemos que estar en sintonía porque divinamente estamos en sintonía. ¿Estamos *siendo* como Cristo? ¿Estamos *siendo* Científicos? No es meramente un estado mental sino una actividad. Algunas veces cuando uno se está sintiendo deprimido o mórbido la cura se inicia saliendo y haciendo algo por otro; la actividad que no es egoísta nos pone en línea con el ser. No hay nada aletargado o lento en el flujo de la Vida. Para mayor estudio ver:

Juan 5: 26	C & S 259: 1-3	C & S 550: 5-7
C & S 51: 15-18	289: 32-2	104: 9,10; 28,29
205: 32-3	306: 7-12	22: 10 – 14
	333: 26,27	No 19: 15,16

El Cristo: Verdad (*Mateo 5:14-16*)

¿Qué nos está diciendo la secuencia del Cristo? Partiendo de Principio hasta Mente rastrea el ideal del Cristo por siempre impulsándose a sí mismo hasta el punto de la manifestación. Esta traslación del ideal divino es impulsada por Dios, y no puede ser denegada (Principio); después la Vida declara la inseparabilidad e indivisibilidad de ese ideal de su base; y ahora en la Verdad el ideal se presenta plenamente revelado; obtenemos la forma de la Verdad; el carácter, la estatura y el estándar divino del hombre, donde el hombre es tan perfecto como su Hacedor. Es la medida divina y no la del hombre. La medida mortal es infierno y rompe la hermandad verdadera, pero la medida

Diciembre 2010

El Sermón del Monte (6ª. Parte)

divina capacita a todos los hombres para que su medida esté a la altura de “un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efe 4:13)

Mateo 5: 14-16 Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Cristo es el ideal, la Verdad, y ese ideal es la naturaleza misma de Dios. De modo que Jesús dice que la luz debe estar sobre el candelero, - el símbolo del séptuple Uno, - pues el ideal de la Verdad refleja el espectro completo de Dios. Y no sólo define al hombre como la luz séptuple del mundo sino además implica que él es la ciudad cuadrada en Revelación, el tipo y símbolo de las cuatro modalidades del cálculo espiritual, - la Palabra, el Cristo, el Cristianismo, y la Ciencia. Desde el inicio, entonces, esta sección describe el ideal de la Verdad en el Cristo como séptuple en naturaleza y cuádruple en oficio. Vale la pena destacar que esta imagen de compleción se da aquí y en ninguna otra parte.

La Verdad, siendo la Verdad íntegra, saca a relucir así muy naturalmente los símbolos del siete y del cuatro. El hombre-Cristo es la expresión ideal de la Mente – de la sabiduría, inteligencia, creatividad; del Espíritu – de pureza, orden, entendimiento; del Alma – sin pecado, identidad inmutable; del Principio – poder, autoridad, sistema; de la Vida – resurrección, novedad, expansión; de la Verdad – dominio, salud, y el hombre verdadero; del Amor – cumplimiento, paz, y satisfacción infinita. Más aún el hombre debe expresar el cálculo divino, pues es la reflexión del solo y único Dios incorpóreo, divino, supremo e infinito. De modo que se le asemeja a una ciudad – disfruta de la habilidad dada por Dios para juzgarse a sí mismo espiritual y científicamente. Él tiene la habilidad de levantarse, de buscar, de deponer lo mortal; de encontrar y de adoptar la naturaleza del Cristo; de probar y de compartir la supremacía del Espíritu; y de darse cuenta que su ser es uno con el ser de Dios.

La idea original del candelero de siete brazos era que debía simbolizar la naturaleza santa de Dios, y representar Su presencia en el tabernáculo. Así,

Diciembre 2010

El Sermón del Monte (6ª. Parte)

aquí en el Sermón, poner la luz de uno en el candelero sugiere la necesidad de rastrear todas las cosas de vuelta a su origen en Dios, - de regreso a su causa. Si vamos a referir todo evento de vuelta a su término sinónimo paterno, encontraremos que la vida humana no es una sucesión de experiencias materiales sino la experiencia actual de Dios. Por ejemplo, un sanar de una relación rota no se verá solamente como una reconciliación humana feliz sino como la expresión directa de la Verdad misma.

Verdad la Idea Compuesta

La ciudad y el candelero también tienen otro significado. A diferencia de una casa, que puede ser para un solo habitante, una ciudad es una idea compuesta. La idea raíz en la derivación de la palabra "ciudad" es "miembros de una familia." Es la Palabra la que tiene la característica de lo individual, pero el Cristo es lo colectivo o lo genérico, mientras que el cristianismo enfatiza lo universal. De modo que conforme llegamos aquí en el Cristo a la Verdad, obtenemos este sentido de que el ideal divino es una ciudad, en la cual hay innumerables ciudadanos o individualizaciones. Es un caso de ciudadanía mutua, derechos y obligaciones mutuos, bendiciones y ayudas mutuas; todos somos ciudadanos en común del solo y único reino, y debemos vigilar ver a nuestro prójimo como a un ciudadano a la par de nosotros. Es muy fácil reivindicar estos derechos para nosotros mismos, pero aquí la demanda es que los reivindicemos para el *hombre*, que insistamos en la misma libertad de acceso a la conciencia divina para todos, pues los intereses de un hombre no pueden separarse de los de toda la familia humana. (Ver Mis 18: 8-28)

Por ejemplo, en su famosa última clase de 1898 la Sra. Eddy impresionó a sus estudiantes con que no hay más que un solo Dios y consecuentemente no hay más que una reflexión, - la idea compuesta, hombre. Sólo cuando sus estudiantes captaran el hecho fundamental de que un solo Dios no podría tener sino una sola reflexión plena, tendrían el sentido básico de la Ciencia Cristiana. (Ver "*Nosotros conocimos a Mary Baker Eddy*" Series II, 31)

Cada uno de nosotros es la expresión diversificada de esta única reflexión. Desde luego la misión individual de uno es única y preciosa; y puesto que es individual no puede ser separada de todas las demás. A veces es divertido observar el engaño común de la gente con un sentido fuerte de su misión

que nadie más ha visto lo que ellos ven, y por lo tanto lo tienen que *decir* a otros más que *compartirlo*.

Es típico de la Verdad que tengamos aquí el versículo: “Una ciudad que está asentada sobre un monte no puede esconderse.” La Verdad descubre, y no puede ser oscurecida. Muy a menudo en la práctica o en la vida diaria pareciera como si no pudiéramos llegar al fondo de un problema. Pero: “No hay nada encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse” (Mateo 10:26). La luz de la Verdad es revelación infinita en el reino de la verdad así como en el reino de la creencia. Lo que tenemos que hacer es elevar en la conciencia la verdad del ser, inundar nuestro pensamiento con Verdad y Amor. Y entonces cualquier cosa que necesitemos saber se realiza muy naturalmente como algo que no encaja. La Verdad revela las cosas profundas y secretas, ambos positiva y negativamente. (Ver C & S 542: 5-9)

De la misma manera, la luz es para brillar: es para ser revelada, para ser puesta sobre un candelero como una luz para *todos* los que estén en la casa. Cada uno de nosotros representa la luz de la divinidad, y cada uno transmite un aspecto diferente de ella. En estos días de luces eléctricas brillantes podemos pensar que la luz de una vela – o incluso de siete – no es una luz brillante. Cierto, una vela puede no iluminar mucho, pero si se está caminando en un sendero oscuro en la noche aun con una sola vela, esa luz es visible para otro que esté a media milla. Nunca pensemos que nuestra luz o vida es inútil; ese pequeño resplandor que emitimos es suficiente para ayudar y alentar en una oscura noche a algún otro que lo valore más que nosotros. El hombre es una idea compuesta, y todos nos necesitamos, nos bendecimos y nos servimos mutuamente en el todo, como lo demuestra la sociedad humana. Mantener esa luz sobre el candelero es posarla sobre una base divina y no una base humana. Entonces no puede estar escondida sino da luz para *todos* los que están en la casa. Todos están en la casa – la conciencia de la Verdad – de todas maneras, incluso si algunas veces pensamos que no están.

Jesús parecía estar siempre consciente de su divinidad, consciente de su valor. “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12: 46). Él ejemplificó la luz del mundo al ser una transparencia pura para la Verdad. (En el Libro de Texto encontramos

que la Mente da luz, pero que la luz misma es la Verdad.) La luz de la Verdad es aquello que nos permite ver todos los problemas en su luz verdadera; son los rayos X de la Verdad los que pueden ver a través de cualquier pretensión y más allá de todo elemento de materia, revelando lo que realmente es y quemando el error.

“Así toda la tierra será transformada por la Verdad, que con sus alas de luz disipará las tinieblas del error” (C & S 191: 13). Y nuevamente: “Declarad la verdad a toda forma de error. Los temores, úlceras, tubérculos, inflamaciones, dolores, coyunturas deformes son todos ellos formas de sueños diurnos, imágenes oscuras del pensamiento mortal, que huyen ante la luz de la Verdad” (C & S 418: 28). Si cultiváramos el hábito divino de ver nuestro mundo en la luz de la Verdad, no quedaríamos atrapados por la apariencia de las cosas; al mantener nuestra luz sobre un candelero, y a nuestra conciencia-ciudad sobre el monte de la Ciencia, la luz de la Verdad transformará ciertamente nuestro mundo. Esto es, no alterará un mundo material que tenga existencia objetiva real, sino nos mostrará que *este* mundo es en realidad de la Verdad. Recuerdo haber ayudado a un individuo quien, en ese momento, era una “hacedora del bien humano” – esto es, ella estaba más consciente de la necesidad humana que de la idea divina que satisface la necesidad. Consecuentemente, por donde quiera que mirara ella veía gente en problemas, y la bondad de su corazón la conducía a correr por todos lados haciendo cosas bondadosas por ellos, y eventualmente su indignación y tristeza ante estas “imágenes oscuras del pensamiento mortal” creció hasta convertirse en un tumor y un dolor. Pero cuando vimos el caso en la Ciencia, todo el asunto se disolvió, y una mujer nueva nació. Su concepción había sido dolorosamente limitada, y el sanar de la verdad la liberó. Esta referencia da el tono de la verdad que la sanó: “En la Ciencia divina, el hombre es la verdadera imagen de Dios. La naturaleza divina se expresó de la mejor manera en Cristo Jesús, quien proyectó sobre los mortales una reflexión más verdadera de Dios y elevó sus vidas más alto de lo que permitían sus pobres modelos de pensamiento, - pensamientos que presentaban al hombre como caído, enfermo, pecador, y que muere. El entendimiento a la manera de Cristo de lo que es el ser científico y la curación divina incluye un Principio perfecto y una idea perfecta, - Dios perfecto y hombre perfecto, - como la base del pensamiento y de la demostración.” (C & S 259:6).

La Medida de la Verdad

Un almud es una medida de capacidad. La tendencia de la conciencia mortal es a medir de manera finita, no por almudes y yardas, sino por valores y juicios materiales falsos. La Verdad es el único estándar verdadero. La única medida es que el hombre será tan séptuple como Dios, - eso es el candelero, - y que operará de una manera tan cuádruple como la de Dios, - eso es la ciudad. Así que no pongamos nuestra luz – nuestra visión de la estatura del hombre – en una concepción limitada. La medida del hombre siempre está equivocada. Los griegos tenían una historia sobre un hombre llamado Próculo, quien tenía una cama especial para los viajeros que pasaban por ahí; si eran demasiado largos para ella, les cortaba las piernas, y si eran demasiado cortos, los estiraba para ajustarlos. El hombre mortal trata de hacer que todos y cada uno se ajusten a su concepción de lo que deberían ser; pero la medida divina no es finita: ve al hombre como siempre conformándose a la Verdad.

La Verdad es el Hijo de Dios, y nos ofrece el estándar y la forma y el carácter verdadero del hombre. En su explicación de cómo los días de la creación deben vivirse, la Sra. Eddy dice: “Mientras los mortales no se despojen del hombre viejo y alcancen la imagen y semejanza espiritual, jamás podrán conocer lo infinito. ¡Cómo sondear la infinitud! ¿Cómo podríamos declarar a Dios, hasta que, según lo expresa el apóstol, “todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud del Cristo”? (C & S 519:14) Después, en la página siguiente ella dice: “La Mente insondable está expresada. La profundidad, anchura, altura, poder, majestad y gloria del Amor infinito llenan todo el espacio” (520:3). El hombre de la Verdad está representado por estos seis pies del sondeo, las dimensiones constitutivas de la Verdad.

En esta sección de la Verdad, por lo tanto, encontramos que el hombre genérico es el hijo de Dios y este ideal divino es la medida para cada uno individualmente para el mundo. Al ser una transparencia para la Verdad, podemos *ser* lo que somos divinamente, y podemos cumplir con la demanda: “Deja que tu *luz* brille tanto...para que ellos puedan...glorificar a *tu Padre...*”

Para mayor estudio ver:

Juan 12:46 C & S 337: 7-10 No 30: 18-23
1Juan 1:5 474: 31-2 '02 8: 26,27
C & S 207: 27-29 Ret. 93: 13-16

Citas de la Lección proporcionadas por el *Instituto de Ciencia Mary Baker Eddy*.

Visite nuestro sitio web: <http://www.mbeinstitute.org/espanol/> 3350 N. Key Drive # B 313
North Fort Myers, FL 33903 USA Para mayor información llame al (239) 656-1951
(USA) ¡Damos la bienvenida a sus comentarios!

Diciembre 2010
El Sermón del Monte (6ª. Parte)